

la armada. Confió el mando de las tropas de tierra, con la direccion general de la expedicion, á Mustafá, su pariente y el mas famoso de todos sus capitanes, de cerca de sesenta años de edad, pero que á la experiencia propia de la vejez y á una prudencia consumada unia el vigor, la actividad, y aun el fuego de la juventud. El bajá Piali mandaba la escuadra. Era húngaro este comandante, y estaba animado contra los cristianos de todo el furor que le inspiraba la profanacion del carácter sagrado de su bautismo y el favor del sultan, que le habia dado por muger una nieta suya. Habia señalado pocos años antes su valor y su inteligencia con una victoria brillante que logró peleando con una escuadra cristiana. Mustafá y Piali, que tenian igual parte en la confianza del Gran Señor, habian recibido orden de proceder de acuerdo en todo, y de no hacer cosa alguna sin noticia de Dragut, gobernador de Trípoli y el mayor marino que se conocia entonces en el imperio de la media luna. Dragut debia reunirse, y se reunió en efecto á la armada turca con unos refuerzos considerables, como tambien el Rey de Argel y el Bey de Egipto. Presentóse delante de Malta este armamento terrible el dia 18 de Mayo de 1565.

Esta fortaleza, que se tiene actualmente por inconquistable, hallábase entonces en un estado muy diverso. En los treinta y cinco años que habian pasado desde que los caballeros tomaron posesion de la isla de Malta, donde no encontraron sino el miserable fuerte del santo Ángel en una estension de cerca

de siete leguas de longitud y cuatro de latitud, habian construido por grados, segun sus cortas facultades, otras varias fortalezas, pero todas ellas de poca importancia. Tiene la isla de Malta por la parte de Sicilia dos puertos, y el uno llamado el puerto Grande, está separado del segundo, llamado puerto Musciet, por una lengua de tierra en la que habian construido el fuerte de San Telmo, que defendia la entrada de estos dos puertos. Otras dos lenguas de tierra paralelas, que tienen mucha mas longitud que latitud, llegan hasta el mismo puerto en figura de dos dedos. Estaba en una de estas puntas el castillo del santo Ángel, donde habian residido hasta entonces los grandes maestros. Pero Juan Parizot de la Valette, que tenia el gobierno de la isla en aquellas críticas circunstancias, quiso situarse mejor para atender á todo, y trasladó su residencia, con todo el convento, á lo que llamaban el Burgo, esto es, á una poblacion pequena que estaba delante del castillo del santo Ángel. Habia tambien un pueblecito en la otra lengua de tierra, que llega hasta el puerto grande, y aunque no es mas que una península, dábanle el nombre de isla de la Sangle, en memoria del último gran maestro que la habia fortificado. Atravesábase todas las noches desde el fuerte del santo Ángel, para la seguridad del puerto, una gruesa cadena de hierro que estaba sostenida de trecho en trecho por vigas cruzadas y toneles flotantes. Tambien habia otros muchos puestos fortificados, como la isla ó la roca del gozo, y unos atrincheramientos formados cerca de las muchas

ensenadas que hay en las costas de Malta; sin hacer mencion de la ciudad Notable, capital de la isla, que dista como unas dos leguas de las plazas de que acabamos de hablar. Para defender tanta variedad de puestos, no tenia la religion mas que setecientos caballeros, sin contar los que habia empleados en servirles, y ocho mil y quinientos hombres entre tropa de mar y tierra y gente del país formada en regimientos.

33. Pero el talento del gran maestro, Juan de la Valette, era por sí solo una defensa superior á todos los esfuerzos, peligros y reveses: alma fuerte é imperturbable, hombre de una habilidad consumada que habia logrado pasando por todas las dignidades de la órden, y distinguiéndose por grados en todas ellas, y en fin, de un valor, que, junto con su viva fe y con las demás virtudes religiosas de que estaba adornado, le movia á despreciar la vida y á conservar la mayor serenidad en medio de los apuros mas crueles. Tenia mucha mayor confianza en el número de las fortalezas que en la importancia de cada una de ellas en particular, y se resolvió á hacer en todas la mas vigorosa resistencia, y á disputar á palmas el terreno, no desesperando de consumir de este modo á sus numerosos enemigos, ó de cansarlos por lo menos y obligarlos á reembarcarse.

D. García de Toledo, virey de Sicilia, le habia ofrecido en nombre de su amo, el Rey de España, correr al punto á su socorro con un ejército de veinte mil hombres, protestando que atenderia á la defensa

de Malta con la misma actividad que á la conservacion de la Sicilia. Mostróse el gran maestro agradecido á estas ofertas; pero sin hacer mucho caso de unas promesas tan pomposas, formó el generoso designio de sostener con solas las fuerzas de la órden todo el ímpetu del poder otomano, como en efecto se vió precisado á egecutarlo, por haber llegado demasiado tarde el socorro prometido (*).

34. Reducido, pues, el virtuoso gran maestro á las fuerzas de la órden, ó por mejor decir, al auxilio que esperaba del cielo, reunió todos los caballeros que habia en Malta, y no les disimuló ni el gran peligro que los amenazaba, ni lo poco que debia contarse con los recursos humanos. „Un ejército formidable (dijo con serenidad y presencia de ánimo), una nube de bárbaros, enemigos de Jesucristo, va á caer sobre nosotros. La fe es la que nos obliga á pelear; y el Dios de los ejércitos nos pide en este día la vida que hemos sacrificado á la gloria de su nombre. ¡Felices los primeros que consigan consumir su sacrificio por una causa tan digna! Pero á fin de merecerlo, vamos, hermanos míos, á renovar nuestros votos á los pies de los altares; y escítenos la sangre del Salvador de los hombres á aquel generoso desprecio de la muerte, que es lo único que puede hacernos invencibles.”

(*) Los repetidos y frecuentes ataques de los berberiscos, que infestaban los mares de Sicilia, y egercian la piratería en las costas de aquella isla, fueron causa de que llegase tarde el socorro que habia ofrecido el Rey Católico al gran maestro de Malta.

Dirigióse, acompañado de todos los caballeros, á la iglesia, donde estaba espuesto el Santísimo Sacramento. No hubo ninguno que, á egemplo del gran maestre, no comulgase en aquel dia ó en los siguientes, y parecia que se habian vigorizado todos. Acabáronse las disensiones, las rivalidades, los celos y aun aquella pasion que suele triunfar de los héroes. No hubo desde este santo dia ningun trato, por mas inocente que pareciese, entre los caballeros y las personas del otro sexo, ni se hizo cosa alguna que tuviese por objeto el interés ó la ambicion. La perspectiva de una muerte casi inevitable, habia reanimado en sus corazones el desprendimiento del mundo y todas las virtudes de su profesion. Abrazáronse todos con un cariño fraternal, como si fuese la última vez, y protestaron en alta voz que derramarían hasta la última gota de sangre por la conservacion de la órden y por la defensa del Evangelio. Prendado el gran maestre de estas disposiciones heróicas, señaló al punto á cada lengua el puesto en que debia egercitarlas.

35. No se podia perder un momento, porque despues de muchas marchas y contramarchas, habian desembarcado los infieles, é iban internándose en la isla, conservando la comunicacion con la escuadra por medio de algunos reductos coronados de artillería. Habiendo pasado el general con algunos ingenieros al monte Cálcara, desde donde se descubre casi toda la isla, reconoció el estado de las fortificaciones, y tuvo un numeroso consejo de guerra. Resolvieron

en él dar principio al ataque por el fuerte de San Telmo, que, segun presumian los infieles, no podia resistir mas que cinco ó seis dias, y los hacia dueños del puerto Musciet, donde estaria segura toda su escuadra. Entretanto, habiéndose esparcido el ejército turco por los campos, incendiando las aldeas, robando y pasando á cuchillo á los que no habian tenido la precaucion de retirarse á los lugares fortificados, salían los caballeros con tropa escogida, acometían á aquellos ladrones, asesinaban á cuantos hallaban dispersos, y en varias escaramuzas acabaron con mas de mil y quinientos turcos sin haber perdido mas de ochenta de los suyos.

Prosiguiendo Mustafá en su designio principal, corrió á reconocer por sí mismo el fuerte de San Telmo, le atacó por el lado de tierra, y sin admirarse de la dureza del suelo, que era una roca apenas cubierta con alguna tierra pedregosa, mandó abrir la trinchera. Estando espuesto al fuego continuo de la plaza, logró poner sus tropas á cubierto en varios sitios, á fuerza de gastadores, cuyas vidas prodigaba el cruel otomano; y donde no podia abrir la roca, mandó construir, en vez de trinchera, una especie de parapeto con vigas, con tablones y con tierra mezclada con paja ó juncos. Valiéndose de los bueyes que habia cogido en la isla, llevó la artillería hasta el monte de San Telmo, estableció sus baterías, y el dia 24 de Mayo principiaron á disparar diez cañones de á cuarenta y ocho, dos culebrinas de á sesenta, y un enorme basilisco que, segun dicen,

lanzaba piedras de ciento sesenta libras. Puso muy en breve una artillería mas numerosa, asestada en todas direcciones, y colocada en todos los puntos que lo permitieron, no obstante de que era vivísimo el fuego de la plaza. Esta tenia poca estension, y apenas se perdía tiro, arruinando cada cañonazo alguna parte de las obras del enemigo. Era tan poca cosa esta fortaleza, que por lo comun no habia en ella mas que sesenta soldados al mando de un caballero. El comandante de Broglio, de una antigua casa piamontesa en la que era hereditario el valor, tenia entonces este mando; pero siendo ya muy viejo y consumido con las fatigas militares, se dispuso, que al propio tiempo que se le dejaba en el fuerte para que diese allí ejemplo de intrepidez y de aplicacion continua á los ejercicios mas penosos, le acompañase el bailío de Negroponto con sesenta caballos y una compañía de infantería española, mandada por el caballero de la Cerda.

Arruinadas en poco tiempo todas las obras con el fuego continuo de una artillería fulminante, y fundando el gran maestre menos esperanza en las fortificaciones que en el valor y actividad de los que las defendian, preparó un refuerzo, resuelto á llevarle por sí mismo y á encerrarse en la plaza. Mas el consejo y todo el convento se opusieron á ello unánimemente, y se estremecieron todos solo con la idea de tan gran peligro, tratándose de una persona en la que se cifraba la suerte del estado. Presentáronse al punto tantos caballeros para esta comision peligrosa, y la

solicitaron con tanto empeño, que solo hubo dificultad en la eleccion. Advirtiósese el mismo ardor en los que llegaron por este tiempo de las varias regiones, cuya distancia no les habia permitido acudir antes á participar de los peligros de sus hermanos. La mayor parte de ellos, sin esperar escolta, arrojábanse en barquichuelos y pasaban en fila á la plaza que recibia todo el fuego de la artillería enemiga. Con el objeto de que pasasen con mas facilidad, disparaba de continuo el gran maestre desde el castillo del santo Ángel que estaba en una eminencia contra el campamento de los turcos, donde quedó herido de tanto peligro Piali con una piedra, en que dió una bala de cañon y la hizo pedazos, que se le tuvo por muerto.

En medio del asombro y desorden que causó este accidente, hicieron los sitiados una salida, sorprendieron á los turcos en la trinchera, y al principio destrozaron cuanto se les puso delante. Mas recobrados los turcos de su primer terror, volvieron al ataque con nuevo esfuerzo, ganaron los puestos que habian perdido, y obligaron á los sitiados á encerrarse en la plaza. Levantóse, por desgracia de éstos, un viento contrario, que llevando á la plaza el humo de tantas armas de fuego, formó en el glasis una nube densa, por cuyo medio se establecieron en él los sitiadores y establecieron allí una batería con tal celeridad, que apenas empezaba á disiparse el humo cuando se vieron tremoladas las banderas de los infieles en la contraescarpa, y disparaba su artillería desde el revellin. Hallándose en extremo fatigados los cristianos, como

que estaban de día y de noche sobre las armas, fue tomada por asalto de allí á pocos dias esta obra poco elevada y fácil de reconocer; y habria tenido la misma suerte toda la fortaleza, si las escalas que habian llevado los bárbaros no hubiesen sido demasiado cortas. Arrojáronlos de ellas y las dejaron allí mismo entre grandes montones de muertos y moribundos. Esta accion, que duró desde el amanecer hasta el medio dia, les costó cerca de tres mil hombres los mas esforzados de todas sus tropas. Perdió la religion por su parte veinte caballeros y cerca de cien soldados, sin contar los heridos, de cuyo número fueron el bailío de Negroponto y el comendador de Broglio.

Habiendo recibido el caballero de la Gardampe Bridiers un mosquetazo en medio del cuerpo, vió á algunos de sus compañeros que acudian solícitos á socorrerle. „No me conteis ya entre los vivos (les dijo despues de agradecerles afectuosamente sus buenos oficios): guardad vuestros desvelos para aquellos hermanos nuestros que pueden servir todavía á la Religion.” Fue arrastrando como pudo hasta la capilla del fuerte, y despues de haberse encomendado á Dios, espiró al pie del altar. Durante la noche, se trasladaron los heridos á la poblacion, y en lugar de ellos se llevaron cien hombres de refresco. El bailío de Negroponto y el comendador de Broglio, á pesar de sus heridas y de su avanzada edad, opusieronse magnánimamente á volver al convento, y respondieron al gran maestro, quien los habia exhortado á que se retirasen, que querian morir en su puesto. Estos héroes

venerables sin cesar sobre las armas, abrasados y desfigurados con los ardores del sol, no salian de los parages donde era mayor el peligro, ni se desdeñaban de cavar la tierra con sus propias manos y trasladarla á los lugares donde se hacia ánimo de fortificarse. Hubo, no obstante, un cobarde entre tantos héroes, pero su cobardía notada con la infamia que mereció, sirvió solo para inspirar mas horror á una conducta tan vil. El caballero de la Cerda que desde el principio del sitio no se habia avergonzado de decir al gran maestro que no se podia resistir mas de ocho dias en un puesto tan malo, hizo que le llevasen con los heridos por un golpe que apenas se conocia. Indignado la Valette de una poltronería que hasta entonces no tenia egemplar en la órden, mandó arrestarle y que le llevasen con ignominia á la cárcel.

No habia entretanto dia en que no pereziesen muchos caballeros, y un número proporcionado de soldados. Por todo el fuerte se veían cojos, brazos con cabestrillo, hombres reducidos á la mitad de sí mismos, y lo que causaba mas horror, miembros separados y esparcidos confusamente, porque no habia tiempo para enterrarlos. El mismo fuerte, desmantelado por todas partes, no era ya mas que el simulacro de una plaza de defensa. Los turcos, trabajadores infatigables y muy diestros en sacar tierra para hacer atrincheramientos, adelantaban de continuo sus trabajos, repetian los ataques, y á cada momento renacia el riesgo de un asalto decisivo. Habiendo hecho saber los sitiados al gran maestro el estado deplorable

en que se hallaba, así la plaza como ellos, afirmándole al mismo tiempo que le obedecerian con toda puntualidad cualquiera que fuese la resolución que tomase, no pudo menos de enternecerse al considerar su suerte, y les respondió con sinceridad, que habia ocasiones en que debian sacrificarse los miembros por la conservacion del cuerpo; que la salud ó la pérdida de toda la isla, y quizá de la órden, dependia de la mayor ó menor resistencia del fuerte confiado á su valor; que se acordasen de los votos sagrados que los obligaban á sacrificar su vida por la defensa de la Religion; que él no se habia olvidado de sus propios juramentos, y que lejos de abandonar aquel fuerte, estaba resuelto á encerrarse en él, y á quedar sepultado bajo sus ruinas.

36. Al recibir esta respuesta, protestaron muchos caballeros, y en especial los antiguos, que perderian la vida dentro de la plaza antes que cederla á los infieles; pero la gente jóven, mas susceptible de aquel valor impetuoso que no tiene dificultad en arrostrar la muerte, que de aquella magnanimidad tranquila que sabe esperarla con ánimo sereno, escribió al gran maestre que no desmentirian lo que se esperaba de ellos, pero que solo se aconsejarian con su desesperacion, que se precipitarian con espada en mano en medio de los infieles, y se dejarian hacer tajadas antes que consentir en quedar sepultados bajo las ruinas, ó en ser degollados como viles animales por unos bárbaros que solo aspiraban á ser sus verdugos. Se indignó y perturbó el gran maestre al leer esta

carta; pero reinando con un imperio absoluto en todos sus movimientos, les respondió que para morir con honor, como se proponian hacerlo, no bastaba perecer con las armas en la mano, y que solo podian hallar gloria donde los llamaba la obligacion, y por consecuencia en los puestos que les habia señalado el representante del gefe supremo á quien habian jurado obediencia. Por lo demás, les dió á entender que inmediatamente despues de su desercion, no dejaria el enemigo de embestir el pueblo adonde pretendian retirarse, y que allí encontrarían del mismo modo el fin de su vida, pero con la diferencia, de que en vez de morir como héroes cristianos, perecerian como desertores y gente baladí.

Sin embargo, para aquietar los ánimos, ó por mejor decir, para ganar tiempo, envió la Valette tres comisionados al fuerte con pretesto de tomar un conocimiento exacto del estado de la plaza. Dos de ellos dijeron que no la hallaban en disposicion de sostener un asalto, y que no comprendian cómo habia podido la guarnicion resistir hasta entonces. El tercero llamado Constantino Castrioto, no consultando mas que las impresiones heróicas de la sangre de Scanderberg, de la cual se gloriaba de descender, sostuvo que la plaza podia defenderse aun bastante tiempo, y ofreció al gran maestre, si le permitia hacer algunas nuevas levás, encerrarse en ella, y resistir hasta la llegada del socorro de Sicilia de que se hablaba mucho. Sin fiarse el gran maestre de la relacion de Castrioto, aceptó su oferta, la cual no podia

menos de tener un éxito feliz. Se tocó inmediatamente el tambor para el alistamiento en la población y en todas las plazas. Todos acudieron á porfía á ofrecer sus personas. La guarnicion de San Telmo recibió esta noticia con una vergüenza y un despecho que llenó de aliento todos los corazones. Para escitar mas y mas su valor, les escribió con frialdad el gran maestre: que les daba con mucho gusto su licencia, y que para uno de ellos que se mostrase disgustado del combate, se mostraban diez hombres esforzados que solo aspiraban á ocupar su lugar. „De este modo (añadió) me libtaré de unas inquietudes crueles, pues se trata de un puesto en que se necesitan gentes de una constancia á toda prueba.

Conocieron perfectamente los descontentos todo lo que significaba aquella indiferencia, y se figuraron el oprobio eterno de que iban á cubrirse para con la órden y por todo el universo entregando sus puestos á unos bisoños. „Si sucede (esclamaron) que estos reclutas sean tan felices que se sostengan hasta la llegada del socorro, ¿cómo nos hemos de presentar delante de nuestros hermanos? ¿Podremos hallar una cueva tan remota de la sociedad humana, que baste para enterrar en ella nuestra vergüenza y desesperacion?“ Resolvieron, pues, dejarse degollar hasta el último antes que ceder la plaza á aquella milicia, ó abandonarla á los turcos. Al momento suplicaron al bailío de Negroponto y al comendador de Broglio que pidiesen su perdon al gran maestre, y le manifestasen que estaban muy arrepentidos, como tambien la

determinacion en que se hallaban de derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la plaza que les habia entregado la religion. Para asegurar la Vallette esta resolucion, afectando que la despreciaba, respondió que preferia unos reclutas dóciles á unos guerreros veteranos que no sabian obedecer. En fin, habiéndole pedido perdon otra vez en los términos mas sumisos, consintió en despedir las milicias, y cada uno volvió á ocupar su puesto para no abandonarle hasta perder la vida.

37. Todo lo que habia sucedido hasta entonces parece casi nada en comparacion de lo que sucedió despues. Se aumentó el encarnizamiento de los turcos en la misma proporcion que el valor de los caballeros. Se peleó por espacio de veintiseis dias consecutivos, y no hubo dia en que los bárbaros furiosos no intentasen el asalto. Avergonzado Mustafá de que le obligase á perder tanto tiempo un puesto tan débil, dió un asalto general por mar y por tierra, despues de haber demolido con su artillería la muralla del fuerte, hasta la roca en que estaba situado. Los genizaros, al son de sus instrumentos bárbaros, se arrojaron al foso que estaba casi cegado, al mismo tiempo que cuatro mil arcabuceros disparaban continuamente contra los que se presentaban en la brecha; pero luego que se acercaron, la hallaron cercada de muchas filas de soldados, en las que se habia colocado de tres en tres un caballero: nuevo género de antemural, mucho mas impenetrable que el primero. La audacia, la constancia, la obstinacion, la rabia, los estratagemas